

Jean-Luc
Coatalem

EL PAPEL DEL HIJO

Traducido del francés por Elia Maqueda López

Título original: *La Part du fils*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Stock, 2019

© De la traducción: Elia Maqueda López, 2021

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-219-4

Depósito legal: M. 2.866-2021

Printed in Spain

Para mi padre

«Somos la memoria que tenemos.»
José Saramago

1

Es un bote de cuatro metros y medio con la vela roja izada; una brisa los empuja mar adentro, al padre y al hijo.

Es el mes de julio en la península de Crozon; tiene forma de dragón, la llamamos cariñosamente Kergat.

Es un verano como tantos otros. Dan inverosímiles paseos a pie por los despeñaderos, más allá del acantilado del fuerte, para bordear después las ensenadas de helechos hasta el cabo de las Gaviotas; o bien, en dirección opuesta, toman el sendero de los Aduaneros para bañarse en las playas del este. Más tarde se reunirán con Lucie, la hermana mayor, y con Jeanne, la madre, en el paseo marítimo junto a la estación, donde alquilan todos los años una casita detrás del muelle. Kergat está a poco más de una hora de Brest; es como su segunda casa, Kergat es nuestra.

Es un día tranquilo; el mar de Iroise luce sus verdes duros y sus azules suaves hinchados por las olas, el aire huele bien, no hay mucha gente, apenas unos pocos automóviles en la plaza de la iglesia o delante del hotel Sables, con su fachada de balneario; y, entre el

verdor, algunas casonas desperdigadas, de aspecto orgulloso, con sus ventanales, sus barandas, un aire a lo Daphne du Maurier, como congeladas.

Es verano en la península armoricana; tanto da si llueve o hace viento, los claros son generosos, se bañarán en el malecón o irán a explorar por enésima vez la gruta Absinthe, cuyas entrañas solo se alcanzan con la fuerza de la marea creciente, un teatro de reflejos que se abre con una anchura de treinta metros, y allí también hay un secreto, el secreto de los acantilados; en esta cavidad reina la semioscuridad, el agua está fresca, las voces resuenan, la respiración empaña las paredes, y, ahora que sus piernas no son más que salpicaduras en movimiento, tienen la sensación de estar inmersos en ese preciso instante, atrapados en la melaza de los fotones y los reflejos, y casi se podría decir que en la eternidad, la eternidad de Kergat...

Es una Bretaña que no cambiará, la tierra de su niñez, donde siempre estarán la flotilla de barcos, las cajas de caballas en el rompeolas, a veces un par de peces espada y una hermandad de pulpos enmarañados, el pinar, esas calas a las que solo se puede acceder descolgándose por una cuerda, una bahía adonde viene a descansar el mismísimo verano, inmutable, con ellos, en esta península que es como una isla, donde los cinco están apartados en el bordado de las landas, casi intocables, o al menos eso creen, hasta que empieza la guerra, hasta que llegan las horas afiladas, las horas malas, las que hieren y matan. Mientras tanto, guñan los ojos al sol.

Paol nació en 1894 en Brest, en el seno de una familia finisterreña en la que los hombres solían trabajar en el Arsenal, la base militar y naval. Luchó en la Primera Guerra Mundial. Se casó con Jeanne. Tres hijos: Lucie, Ronan y Pierre, mi padre. Oficial de reserva, lo destinaron a Indochina, de donde regresó en 1930. Luego, en el ámbito civil, trabajó para una imprenta y, más tarde, en una empresa de construcción. Después, como a la mayoría de los franceses, volvieron a llamarlo a filas, en 1939, como teniente.

Yo no lo conocí. Se fue demasiado pronto, demasiado deprisa, como azuzado por el destino. Pero nos queda su Bretaña, que se convirtió en la nuestra.

Durante el régimen de Vichy, bastó una carta de denuncia. ¿Qué decía exactamente? Nadie lo supo. El 1 de septiembre de 1943, Paol fue detenido por la Gestapo. Se lo llevaron a la prisión de Pontaniou, en Brest. Lo encarcelaron junto a políticos y «terroristas». Lo interrogaron. Luego lo enviaron a sendos campos de concentración, en Francia y Alemania.

Nada sirvió ya para sacarlo de allí, nada logró traerlo de vuelta...

Años después, a pesar del tiempo transcurrido, salí en busca de mi abuelo. Salí a su encuentro.

Así empezó todo, un miércoles de septiembre de 1943, a finales de verano, en un escenario que me parecía plausible, y las escenas en Plomodiern, esa localidad a orillas de Kergat, se encadenaban con lógica cinematográfica; el coche reluciente, las órdenes y los golpes, los hombres de la Gestapo, que seguro que lo esposaron, porque él no era de los que se dejan convencer como si nada, no, y se lo llevaron a empujones, rápido, jugando con el factor sorpresa; él, blanco como la pared y ellos, con prisa, brutales, deslizándose por la escalinata, el jardín de palmeras, aquel que Paol decía que le recordaba a Indochina, limitando su intervención para evitar que se formara un corrillo en la calle de Leskuz, un camino que se ensanchaba en lo alto de una colina, alrededor de aquellas dos casas de veraneo, dos construcciones idénticas y anejas, blancas con postigos grises, erigidas por un empresario de Quimper para sus hijas gemelas, con tal grado de simetría que parecía una imagen desdoblada o un taratamudeo visual, acaso las diferenciaba la palmera de la izquierda; y, sin más dilación, el vehículo verde os-

curo tomó la curva de arriba, aceleró hacia el Menez-Hom, el monte que abre y cierra la península, pasó por encima de los setos y desapareció tras los cipreses que dominan la colina; Paol iba con el rostro magullado apoyado contra el cristal moteado de barro. Y eso fue todo.

Sigo imaginándome la escena. Pierre tiene doce años... Acompañado de un amigo que lo espera detrás de la verja, se dispone a irse a jugar a la playa; ha cruzado el jardín de la casa, supongamos que la de la izquierda, aún adormilada tras la noche, y entonces da media vuelta y presencia la escena, impotente, paralizado. Ve que su madre se suma al grupo; Jeanne, siempre tan reservada, se interpone entre los policías, los retiene, les suplica, quizá, hasta tal punto que Paol termina gritándole que corra a llamar a Châteaulin, a su amigo Yvon, que tiene mano en la prefectura, que es el momento, y, mientras lo meten a empujones en el asiento trasero del Citroën —el francés y el de la Gestapo delante; él, con el tercer hombre, el más fornido, detrás—, la sangre le cae por la boca y por la nariz, empapándole la camisa, formando una media luna pegajosa; la mancha cada vez más grande, de un rojo magnético, ensucia el asiento y, aturdido por la detención, Paol ya no distingue las formas ni a la gente, todo está borroso, amplificado e hinchado; la mano esposada a la manilla de la portezuela cuelga como un fardo absurdo y el otro tipo le propina un último puñetazo; el cabrón del terrorista va a destrozarle el coche de servicio.

Las semanas posteriores fueron angustiosas en Brest tras los muros picados de Pontaniou, en el barrio de Recouvrance, por la semipenumbra del calabozo, la tensión, el eco de las rondas acompasando las horas, las idas y venidas de los dos guardias, el jergón, la mugre, la soledad asombrosa, como si el mundo de los vivos siguiera adelante sin él, fuera, en un mundo más de verdad, y así era. Las noches también eran difíciles, demasiado cortas o demasiado largas, con el estómago revuelto por el pánico. Al alba, repartían el zumo en cuartillos de hierro a través de la puerta y un mendrugo de pan para compartir. Luego los interrogatorios se sucedían en Notre-Dame-de-Bonne-Nouvelle, en Lambézellec, el «antro» de la Gestapo, y todo aquel que admitiera haber cometido u osara cometer traición salía por la fuerza con los *Schupos* a detener a los camaradas...

Tiempo después yo también pasaría por Brest, donde recorrería los lugares abandonados —la cárcel aún sigue allí, herrumbrosa, encaramada en su promontorio—, merodearía por delante de los muros alambreados, inspeccionaría las callejuelas preguntándome qué alcanzaría a ver Paol por el tragaluz de su calabozo. ¿El canal? ¿El mar? ¿La península de Kergat enfrente? ¿O el cielo ceniciento, posado sobre los tejados como la tapa de una alcantarilla?

Ahora Paol es un enemigo del Reich, un indeseable. Le han quitado la documentación, los cordones, el cinturón. Tumbado en el jergón, recompone una y otra vez los últimos instantes, pues su cerebro lo regis-

tró todo; «ve» la escena, tratando en vano de encontrar algo, una pista: los pasos en el patio, el timbre, su nombre al otro lado de la puerta, los esbirros abalanzándose al interior, aquella narcosis venenosa filtrándose por todas partes, y él en medio, acelerado entre los planos a cámara lenta, con el corazón latiéndole con fuerza. Una vez en el Citroën, le ponen el cinturón, la portezuela se cierra, atraviesa el pueblo, cruza una sección de soldados alemanes en formación y luego ve a dos muchachos en el umbral de una granja: un zagal montado en su bici en el cruce; el otro, algo mayor, mira por la ventana que da a la esquina del café de Ys; se va a enterar todo el pueblo; el coche desciende hasta el Aulne para cruzar el puente, el ruido del motor hiende los campos y los oquedales cada vez que enfila un camino nuevo; tiene un dolor de cabeza atroz, la mano insensible como el mármol, y la cinta de asfalto que se ve por la luna trasera se ha convertido en su vida rebobinada a medida que los giros se suceden y desaparecen; no hay héroes, debe olvidarse de la red, van muy deprisa, un accidente sería preferible a lo que le espera, y después del último cruce la señal con una flecha que indica que van rumbo a Brest le oprime de pronto el pecho, presa del desasosiego...

Brest es nuestra falla, la suya, la nuestra, la capital del seísmo, lo que nos queda; el agua se ha cerrado, el misterio se ha absorbido. «Informar ya es traicionar», se murmuraba durante la guerra. Nunca hablaremos de la desaparición de Paol, es un espacio «en blanco» en nuestras conversaciones; evitamos sus hojas de servicio, sus guarniciones, hasta sus direcciones en Saigón, en Brest y en Kergat.

Durante mucho tiempo, no supe casi nada de él aparte de estos retazos arrancados, estas migajas. Y todo ello me llevaba a la sima de la Alemania nazi. Nos sustrajeron el álbum de fotos; no el momento ni la pena, otra vez. Igual que aquellos mandarines subalternos de la antigua China, que no debían mancillar con sus labios el nombre ilustre del emperador, dejábamos un vacío entre las palabras en todo lo referente a él. Nos tragábamos la saliva. No añadíamos nada. Faltaban algunos paisajes y aquel nombre; había lagunas en nuestros mapas: los itinerarios, los hechos. Del dolor, repetían incansablemente, nunca se hablaba.

En los archivos del ayuntamiento de Plomodiern —donde, testarudo de mí, había buscado alguna vez, bordeando la ley del silencio, puesto que allí era donde se produjo el arresto— los grandes archivadores de la planta de arriba evocaban más bien estratificaciones calcáreas, elementos fósiles. Un mundo antiguo engullido por la nada y el polvo. A todas luces, lo que no estaba microfilmado ya no tenía entidad real... Muy amablemente, el antiguo secretario, el señor Armand, cuyo número de teléfono había conseguido, se tomó el tiempo de quedar conmigo, puesto que él había «conocido la guerra»; quedamos en la plaza de la iglesia y me llevó a una cafetería de las inmediaciones, donde me dio la fotocopia del certificado de defunción de Paol que había conseguido. Nada más para mí. Una lástima. Pero, como insistí, el anciano recordó dos o tres acontecimientos de aquel año, nada relevante, a decir verdad; no recordaba aquel acontecimiento insignificante de 1943; por aquel entonces era aprendiz y el asunto seguramente no habría llegado a la Administración del ayuntamiento. Comprendí que no quería entrometerse; se había jubilado hacía ya tiempo, el pueblo era minúsculo y las familias estaban muy mezcladas, solo faltaba un nieto enfrentándose a otro a principios de verano, un poco absurdo, y, además, ¿de qué servía remover todos aquellos horrores y reliquias del pasado? No, lo mejor habría sido interrogar a los descendientes del doctor Vourc'h, el exalcalde, resistente desde el primer día, y después hojear otros registros, en Quimper, en los archivos de-

partamentales, más lejos, más tarde, prefectura y servicios policiales, en París o en Alemania, pero sin esperanza, pues el tiempo se había encargado de lijar y zapar...

Hasta donde yo sabía, Pierre solo había vuelto a ver a su padre una vez, en septiembre u octubre de 1943. En una visita excepcional a la cárcel de Brest. Él y Jeanne, de la mano y con la esperanza de conseguir algo de información, franquearon juntos la verja de entrada y luego el patio, y se encontraron entre las puertas metálicas, flanqueado por dos carceleros, a un Paol abatido, sucio, barbudo, con el rostro demacrado, que, en un arrebató, debió de animarlo —sé valiente, cuida de mamá, ya solo estás tú— antes de que se lo llevaran de vuelta a la noche de los calabozos. Pero ¿qué podía hacer aquella momia devastada, inocente y víctima de la guerra de los hombres? Aquella visión marcó a Pierre para siempre; la onda expansiva lo afectaría durante años. Su mutismo hizo de cortafuegos. No, nadie consiguió atravesar aquella muralla erigida sobre su pena, porque detrás de ella el universo se había derruido. Y los demás tendrían que vivir con ello. O más bien sin ello.

*

Durante los traslados, a veces había «fugas» y las familias se apretujaban alrededor de la cárcel y luego se juntaban, por la mañana temprano, para ver a quiénes metían a empujones en los vagones. A finales de

octubre fueron una treintena, de dos en dos, algunos heridos; comunistas, «terroristas», saboteadores, quizá refractarios del Servicio de Trabajo Obligatorio. La situación había cambiado, el Reich se tambaleaba a finales de 1943, necesitaba esclavos para sus minas y fábricas y no iba a dejar suelto a ningún elemento subversivo... Aquel día, las mujeres y las madres que llevaban toda la noche esperando —algunas habían dormido allí, en las plazas— trataron de pegarse a ellos, de romper la fila, de robar un cuerpo, un rostro, o de colarse por los huecos de la verja para darles algo de pan, unas gafas, una prenda de lana. Pero, en la plaza, los gendarmes se interpusieron formando un cordón y, para mantenerlas a raya, las empujaron con la culata del mosquetón, por orden de la prefectura, de los alemanes.

En este principio de otoño, el aire de alta mar hace temblar lo que queda del follaje de los árboles; las dárseñas centellean. Los castaños de la alameda nunca le han parecido tan trémulos, con una gota de luz en cada hoja. Al bajar del autocar requisado, Paol se siente atraído por la llanura de agua y las unidades que cuenta por reflejo (sobre un mar de aceite, barcos gris metal, planos, como recortados sobre una plancha), pero los dos buques de guerra enormes han levado anclas, los submarinos de la Kriegsmarine, agazapados en sus refugios de hormigón, han tomado el relevo y asolan el Atlántico. Enfrente, la masa alargada de Kergat se recorta con sus pinos y sus istmos, y se la bebe con los ojos para que permanezca intacta dentro de él...

He cogido cientos de veces el tren en la estación de Brest y cientos de veces me han asaltado las mismas imágenes: lentamente, los detenidos entran en el vestíbulo, llegan al andén y, por fin, montan en un vagón con la puerta en el lateral, enganchado a un tren de mercancías, entre gritos, llantos y palabras breves. Cuando suben a la plataforma, cada uno de ellos lanza una mirada, un nombre al aire, y alguien, a veces, responde entre el gentío. ¿Cuándo volverán? Se hunden, encorvados, en las sombras. En los flancos del vagón, las manos golpean en señal de protesta, pero este ruido que habría querido hincharse como el trueno, saturar el tren, propagarse, extenderse por las calles, recorrer los bulevares, el puerto, este ruido de alerta, de miedo y de desdicha, aunque pudo provocar remordimiento a los ferroviarios, no evitará que el convoy parta a su hora, que deje atrás Landerneau, Rennes y París, que su «cargamento» llegue hasta la estación de Montparnasse y al campo de concentración de Compiègne, donde registrarán y numerarán a los hombres.

No hay más que hacer. Todo se calma en el andén pasado por agua. La puerta retumba al encajar, el vagón se cierra a cal y canto. Los conductos de ventilación, enrejados para la ocasión, no emiten más que unos pasos, unos estertores, alguien lanza papeles doblados en cuatro con nombres, direcciones... «Por favor, avise a la señora X...».

Son las seis y media de la mañana del 20 de octubre. Un toque de silbato rasga el aire. Una de las ma-

dres intenta lanzarse bajo la locomotora para detenerla; dos soldados la inmovilizan sobre la grava y la levantan por los brazos. El tren se estremece. Los raíles van por delante, hacia el este, los guijarros brillan en el balasto. A lo lejos, el convoy se hace cada vez más pequeño. Los militares se ponen en marcha, con el fusil colgado de la correa y la misión cumplida. En la plaza, el motor sobrecalentado del autocar traquetea. A un lado se ve el mar. Azul intenso. Y la península, una línea ondulada, que tiembla. Un espejismo.

En Kergat, el nombre de Paol figura en la lista de las víctimas de la guerra en la nave de la iglesia. En el cementerio, está grabado con letras doradas en el panteón familiar, donde no descansa su cuerpo. En las alamedas rastrilladas, este cono de granito, erigido sobre un vacío, es nuestra baliza.

Todo se solidificó como el cemento. Como mucho, nos contentábamos con murmurar la leyenda, su calma negra, sin rascar el barniz, palabras sonoras como medallas: resistente, deportado político, desaparecido en Alemania, mención de honor, «caído por Francia». ¿Cómo evocar, en la mesa o en el salón, a la hora del café y los cigarrillos, la siniestra casona Ti-Lann de Plomodiern, Brest, adonde ya no íbamos nunca, y los campos de concentración, que yo descubriría uno por uno, Buchenwald, Dora y Bergen-Belsen?

Paol era el ojo del huracán. Por lealtad, prudencia o indiferencia, todos evitaban aquel pasado olvidado, aquel duelo inconcluso. Al igual que mi madre, se habían acostumbrado también una tía lejana, dos primas improbables, nueras y nietos. ¿De qué servía seguir metiendo el dedo en la llaga? Y aquel Saigón colonial, ¡tamaño fantasma! Daba igual que la verdad que afloró pareciera más compleja, variopinta. Pero, a mí, lo que no sabíamos me quitaba el sueño y lo que se había silenciado, borrado o casi me llamaba de for-

ma imperiosa. ¿Quién era Paol?, ¿qué había hecho? ¿Por qué me atormentaba aquel «antes»?

Tras estar interno en distintas instituciones religiosas de Finisterre y salir luego de Saint-Cyr, Pierre no se había recuperado. Apenas nos había dejado entrever un resquicio de su infancia arruinada, la mordedura de los domingos de internado, la luz azul de los dormitorios por encima de las pesadillas, el olor a humedad de los cobertizos, aquella devastación inicial que el tiempo no mermó. Tuvo que ser el hijo valiente que hubo de llevar sobre los hombros el peso de la ausencia, crecer a pesar de todo, y al que las horas de la Liberación no liberarían, engullido por aquel abismo que terminó constituyéndolo, sin sospechar que, un día, su sufrimiento sería para mí, su primogénito, un reclamo. Se había convertido en un hombre fiable, taciturno, moderado en todos los aspectos. Un padre con el que se podía contar, presente entre los ausentes, tenaz en las incertidumbres, pero que no exigía nada y no se compadecía ni de los demás ni de sí mismo. Reservado, sobre todo. Me gustaba la foto enmarcada que tenía en el despacho, donde, sesenta años más joven, con el pelo cortado a cepillo, sujetaba el sable y ese chacó extravagante con un penacho de plumas de casoar rojo y blanco. «Tranquilo, adelante, erguido»; el lema de los jinetes bien podría haber sido el suyo. La guerra de Argelia lo marcó tanto que a punto estuvo de dejarse allí la piel. Más tarde, nuestras estancias solares, en Polinesia y Madagascar, lo deslumbraron, subyugaron. Nos había llevado en su equipaje

a descubrir el mundo. Lo admirábamos como un hijo admira a su padre.

Para él, sin embargo, los dramas se habían sucedido: a la desaparición de Paol se había sumado la muerte de Lucie, su hermana mayor, a causa de una neumonía. Por otra parte, Ronan, su hermano, había «roto lazos» tras huir clandestinamente a Londres, en 1943, tres semanas antes de la detención de Paol. Volvería a aparecer años después. Agente de contraespionaje en las Fuerzas Francesas Libres, miembro del cuerpo expedicionario en Indochina, más tarde oficial de la Legión, aquel soldado había estado destinado en todas partes, escondido tras un pseudónimo. No solía irse de la lengua ni contaba nada si no tenía ganas. Parecía querer mantenerse al margen. ¿Qué podía explicarle él a su sobrino atenazado por lo que presentía? Soldado de tierra. Silencio en tierra.

*

Yo comprendía el enorme pesar de mi padre. Se había forjado en él, había tenido que transigir con la deflagración original. Su pesar lo definía. La verdad de un hombre puede ser también su sufrimiento. Y, en consecuencia, por irresoluble, indivisible, nunca compartido que fuera, pesaba sobre mí. Aquel peso de memoria cerrada se había convertido en el mío. Por su culpa estaba lastimado, desposeído de mi propia historia. ¿Qué iba a hacer sino ensamblarla, esclarecerla y contarla? Escribir como ejercicio de due-

lo. Una fractura y una floración. Una respiración entre dos apneas.

A mi abuela brestense, Jeanne, apenas la conocí, la veíamos muy poco; murió cuando yo era un niño. Vivíamos en el extranjero, en guarniciones lejanas. Recuerdo las visitas ceremoniosas donde cualquier falta de educación nos habría costado cara, seguidas en virtud de un protocolo inflexible de una visita a dos tías lejanas, en Kergat. Mi abuela nos impresionaba: pálida, siempre guardando la compostura, con un crucifijo de oro colgado del cuello, envuelta en un chal o una rebeca de lana, con las manos transparentes. Una belleza empujada al borde del precipicio. Era viuda de guerra desde los cuarenta y dos años, creyente y dura consigo misma; parecía atrapada tras sus ojos de amantista en ensueños cuyos tormentos y límites nunca alcanzaríamos a entender. ¿No había perdido también a Lucie, su hija? Volver a los ayeres y los antes habría reavivado su dolor y nosotros no queríamos eso. Sin embargo, a la sordina, nos preguntábamos acerca de aquel remoto abuelo que, al igual que el «rey durmiente» de Portugal, que fue engullido por las arenas moriscas, tendría que haber regresado un día, haber subido las escaleras con paso sonámbulo, haber dejado la pistola y el equipaje, habernos abrazado... y haberse parecido a nosotros. Pero no. Nunca.

En Kergat, la casona de Plomodiern irradiada por el drama había sido restituida. En cuanto al primer apartamento de Brest, como otras decenas de miles, había terminado arrasado por los bombardeos sobre

la punta de Finisterre francés. En la existencia de Jeanne solo quedaba su hijo pequeño, Pierre, y aquel cielo plomizo atornillado a su ventana. En las listas de deportados repatriados de la primavera y el verano de 1945, devueltos con un billete de tren y papeles provisionales, pasando por la estación de las cerezas y los días de sol, para muchos, tras haber renunciado a hablar de lo que sabían, el nombre esperado, el nombre amado, nunca aparecía impreso. La carga sería inmensa para los supervivientes. A la espera, en el segundo apartamento de Brest, en la misma calle Victor Hugo, en el mismo número, reconstruido sobre el antiguo, sustituyéndolo, la pena no dejaba de repique-tear. Y no importaba que los vecinos nuevos no sospecharan nada, felices, con sus risas y sus niños; había que seguir adelante y sobrevivir...

Pero ¿de dónde venían, bajo las bombillas con flores, aquellos esmaltes de Indochina y, en un petate militar de correas guardado en el trastero, abierto por casualidad, aquel casco de saúco, aquella pipa, aquellas polainas de infantería, aquella funda de revólver de la marca Chamelot-Delvigne? Muchos años después, cuando murió Jeanne, me dediqué a pasar las páginas de dos álbumes rescatados, retrocediendo varios años, desflorando aquellas vidas que me había perdido, la región de Kergat y las colonias de Asia o del norte de África, lejos de nosotros, de mí... ¿Quiénes eran todas aquellas personas, pegadas sobre cartulina negra, con flores de satén en el brazo? ¿Eran parientes o desconocidos? ¿Quién era el tal Jean, que

emigró a América en 1927?, ¿un primo? ¿O aquel otro, el del bigote de estilo Maupassant, cuyo reloj de bolsillo —que marca las doce y veinte— brilla entre sus dedos el 3 de julio de 1912 en Lamballe? Y esa joven apoyada en la fachada de un *pentty*¹ (que parece estar aferrando, por la tensión de los brazos, algo a la espalda), invitada a una boda, ¿no se parece un poco a Jeanne? ¿Y esos oficiales de punta en blanco, con la nuca rapada y sin un atisbo de sonrisa? ¿Y este transatlántico, que sella el cielo de Cherburgo con su humo, a quién llevaba más allá del ecuador? ¿Teníamos, pues, una familia extensa?

En el mejor de los casos, los confundía unos con otros. Pero la mayor parte de las veces no sabía quiénes eran, pues la prohibición y el dolor de nuestra historia los había contaminado a ellos también con carácter retroactivo. Eran perfectos desconocidos, figurantes que me habían precedido y me negaban su vida irrecuperable, jamás contada, nunca enunciada. ¿No me parecía en el fondo al protagonista de *La invención de Morel*, la novela de Adolfo Bioy Casares? A principios de siglo, tras naufragar en una isla perdida, ve desfilar bajo el sol frío, en las inmediaciones de una mansión barroca, a una serie de personajes que no atienden a su llamada. Termina por entender que no son más que hologramas activados por las mareas,

¹ Casa rural tradicional típica de la Bretaña francesa, a menudo sita en la costa, que se caracteriza por tener un tejado de pizarra con una inclinación muy pronunciada. (*N. de la T.*)